

moria, y ahora trasladaremos aquí otro romance, que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro.

Mastredajes marineros
De Huéscar y otro lugar
Han armado una Galera
Que no la haytal en la mar.
No tiene velas, ni remos,
Y navega, y hace mal;
El castillo de la popa
Tiene muy bien que mirar.
La careña es una peña
Muy fuerte para espantar;
Quien pudo galafatacla,
Bien sabe galafatar.
No lleva estopa, ni brea,
Y el agua no puede entrar
Sino por escuillon,
Hecho á costa principal.
Marinero que la rige
Sarracino es natural.
Criado acá en nuestra España
Por su mal y nuestro mal.
Abenhozmin ha por nombre,
Y es hombre de gran caudal.
Confiado en su Galera
Ya diciendo este cantar:
«Galera, ¡la mi Galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo,
Y del príncipe don Juan,
Y de su gente española,
Que te viene á conquistar.
Si deste golfo me sacas
Delante pienso pasar
A la vuelta de Toledo,

Madrid y el Escorial:
El Pardo y Aranjuez
Los presumo visitar,
Y llegar á las Asturias,
Do otra vez pudo llegar
Abenhozmin mi pasado,
Que vino de allende el mar,
Y poseyó las Españas
Casi mil años, ó mas.
Estas palabras diciendo
La Galera fué á encallar;
No puede ir adelante,
Ni puede volver atrás.
Cristianos la rodearon
Para habuela de tomar;
Toda es gente belicosa,
Con ellos el gran don Juan.
Comienzan de combatir,
Y ella quiere pelear
Sin darse á ningún partido
Antes quiere allí acabar.
Fuertemente la combate
El de Austria sin la dejar;
Con cañones reforzados
Comienza á cañonear.
Poco vale combatir,
Que es fuerte para espantar,
Hasta que le arrojan dentro
Pólvora, fuego, alquitrán,
Con que la dan cruda guerra
Y al fin la hacen volar.
Así acabó esta Galera
Sin poder mas navegar.

Para manifestar la importancia de la toma de Galera, daremos noticia de los caballeros capitanes y alféreces que murieron y salieron heridos durante el cerco, y en los asaltos que se dieron á su fortaleza.

Jefes y capitanes heridos: el marqués de la Fabara, el maestro de campo don Pedro de Padilla. **Los capitanes:** Rui Francos de Buytron, Vilches, Valenzuela, Gomez García de Guevara, de Lorca; don Pedro Zapata, don Pedro de Sotomayor, don Alonso de Luzon, Pedro Ramirez de Arellano, Juarez, don Felipe de Samano, el capitán y sarjento mayor Salante; Lázaro de Heredia, don Pedro de Zambrana, don Sancho de Leiva, don Luis Carrillo, don Diego y don Rodrigo de Mendoza, Francisco de Molina, Torrellas, Salinas, Tordesillas, Salvador Navarro, Francisco Galtero, don Fernando de Silva, don Juan de Benavides, don Juan de Perea, del hábito de san Juan; Juan de Velasco, Pagan de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea; Diego Vazquez de Acuña.

Idem muertos: don Juan de Castilla. **Los capitanes:** Beltrán de la Peña, Martin de Lorita, alférez mayor de Lorca; Adrian Leonés, de Lorca; Carlos de Antillan, don Antonio de Peralta, Pedro Mendez de Sotomayor, Maqueda, Pedro de Lujan, entretenido; Mendoza, continuo del rey; el capitán de campaña del tercio de Nápoles; el capitán Baltasar de Aranda; don Juan Pacheco, del hábito de Santiago; don Juan de Castañeda; el capitán Zurita.

Alféreces heridos: el alférez de Diego Vazquez de Acuña, Tomás Perez de Avia, entretenido; Camarga, Barrios, el sarjento Bustillos, el alférez Tapia, Baltasar de Aranda, Juan Ponce, Barahona, Francisco Riquelme, Boca-negra, el alférez del capitán Valenzuela, el alférez y el sarjento del capitán Peralta.

Idem muertos: don Juan de Benavides, Zorita.

CAPITULO XXIII.

El señor don Juan llegó á reconocer el castillo fuerte de Seron, y allí le mataron los moros cuatrocientos soldados, entre ellos á su ayo don Luis Quijada. Técanse otras cosas dignas de memoria sucedidas á la parte del poniente.

Acabada de ganar la inespugnable fortaleza de Galera, con muerte de tantos y tan valerosos capitanes, alféreces y soldados, fué necesario que todo el campamento se detuviese allí siete dias por estar lloviendo y nevando continuamente; cosa que pareció de misterio, porque aunque se estaba en el rigor del invierno, no habia llovido una gota de agua durante todo el tiempo del asedio. Luego que el cielo se tornó claro y sereno, y que los caminos se

orearon para que se pudiera retirar la artillería con comodidad, mandó su Alteza que el ejército tomase la vuelta de Baza, quedándose en Huéscar los heridos hasta su curacion. Hubo sin embargo cuatro capitanes de Murcia, á saber: don Pedro Zambrana, Francisco Galtero, Salvador Navarro y don Luis Carrillo, y el alférez don Francisco Riquelme, que aunque estaban mal heridos no quisieron dejar el campo, sino seguir las banderas del señor don Juan, y con su ejemplo salieron después otros muchos capitanes. Pero de todos ellos ninguno estaba herido de mas peligro que el capitán de Murcia, Francisco Galtero, porque la herida le cogia debajo de la barba, no muy lejos de la vena orgánica: este era hermano de Alonso Martinez Galtero, aquel que en la batalla de Verja se habia portado tan valerosamente, que salió todo bañado de sangre de los enemigos que habia muerto por sus manos, y que dió en el mismo dia un consejo tan acertado, que si el marqués le quisiera tomar, se acabara entonces la guerra del reino de Granada. Por desgracia su excelencia, pensando de otro modo, no le tuvo por seguro y pasó por ello facilmente sin pensar bien el caso. Llegando á Baza con su ejército el señor don Juan, supo que don Enrique habia salido desbaratado de la entrada del rio de Almanzora, perdiendo gran parte de su gente, y pesándole mucho á su Alteza determinó entrar por el mismo rio para poner fin á la guerra de aquellos lugares, dejando en todos bastante presidio, y pasar luego á las Alpujarras, juntándose con el duque de Sesá, y no descansando hasta que quedase sofocada toda la rebelion. Ya estaba su Alteza determinado á seguir este plan, cuando recibió cartas del duque, las cuales leyó, y decian así:

«Esclarecido príncipe: he hecho todo lo posible por llegar á las manos con Avenabó; mas el moro lo escusa, y cifra todo su negocio en darme alarmas falsos, y andar siempre tras de mis escuadrones por cansar á los soldados, saliendo á las escoltas para desbaratarlas y robarlas. Si por caso nos hallamos alguna vez en rompimiento de batalla, siempre es en parte donde pueda presentármela á su salvo, junto á la sierra mas fragosa que se halla al paso, porque esta es su amparo; de forma, que andando desta suerte jamás se acabará la guerra. Para que se termine es necesario que vuestra Alteza ande por una parte con un ejército, y yo con otro por estas Alpujarras. Si desta suerte no se hace, hay guerra para siempre: véngase vuestra Alteza por acá lo mas pronto que pueda. Está por los mios Castil de Ferro, adonde se tiene entendido que ha de venir á los moriscos el socorro de Africa. Guarde Dios nuestro señor la real persona de vuestra Alteza muchos años. De Orjiva etc.»

Esta carta apresuró la marcha del príncipe ácia el rio de Almanzora, saliendo luego de Baza con su campo hasta un pueblo llamado Caniles, distante dos leguas; donde se alojó. Allí se dispuso que el señor don Juan saliese con tres mil hombres de á pié y de á caballo para reconocer á Seron, y que el resto del ejército permaneciera en Caniles, donde le dejaremos para decir alguna otra cosa del duque, pues hace ya mucho tiempo que no hablamos de sus cosas.

Dice ahora la historia que Avenabó, como tan interesado, fué uno de los que primero tuvieron noticia de la rendicion de Galera; y considerando que ninguno de todos los demás lugares tenia tanta fortaleza, y que por esta causa la guerra que llevaba adelante el hermano del rey don Felipe no podria menos de parar en daño suyo, lleno de temor, jamas osaba entrar en batalla con el duque de Sesá; divertiale disimulando su cobardia, y solo se ocupaba en ir tras de las escoltas para los presidios. Con este propósito dió gran cantidad de soldados moros al capitán Dali, y le mandó que se apostara siempre en las estrechuras de los caminos para que no se le escapase escolta alguna á la cual dejara de quitar los bastimentos que llevase.

Por su parte procuraba andar cerca de las banderas cristianas, ocupándolas bastante para que no osasen acudir á favorecer las escoltas, y procurar deste modo que el Dali pudiera siempre salir victorioso contra ellas, porque sabia muy bien, que aunque el duque no tenia tanta gente, llevaría artillería y gran cantidad de caballos, en lo cual le aventajaba mucho. Así no le osaba esperar ni dar batalla, sino entreterle y fatigarle, para que sus soldados, hartos de los trabajos que pasaban inútilmente por las sierras, desertasen y fuera sucesivamente deshaciéndose el ejército enemigo, hasta el punto que viéndose el duque sin gente se saliera de las Alpujarras y las dejase libres. Pero su excelencia no tenia tal designio, y solo pensaba en acabar la guerra, ayudado del príncipe, como ya se ha dicho.

Por este tiempo salió de Granada una gruesa escolta de cuatrocientos soldados bien dispuestos; y el Dali en seguida se puso en el camino tomando la parte mas secreta para dar sobre ellos de improviso. Avenabó teniendo aviso desto, salió también por el camino de Acequias, que es un pueblo que está sobre el camino de Granada, para que si el duque venia á proteger la escolta, encontrase allí impedimento que se lo estorbara, mientras daba en ella el Dali con los suyos. Con efecto, así que el duque supo la venida de aquella escolta, pensando que traería bastimentos para su real, salió á la parte de Acequias por librarla de cualquier peligro; luego se encontró allí con Avenabó, por lo cual se trabó á deshora una escaramuza cruel entre los dos ejércitos; pero el duque mandó jugar ciertas piezas de campaña que llevaba en el suyo, y por su efecto se retiró Avenabó muy poco á poco, sin mostrar pesadumbre alguna, para que el duque se entretuviera en perseguirle, y entre tanto el Dali tuviese tiempo de habérselas con la escolta y desbaratarla. El valeroso duque, viendo que Avenabó se retiraba, resolvió marchar á un lugar cercano, llamado Poqueira, rodear por allí el monte que era muy alto, y dar en Avenabó por la retaguardia; mas este no inadvertido de semejante industria, se retiró un poco mas adentro. En este tiempo el Dali cayó sobre la escolta de los cristianos cerca de Lanjaron, con tanto poder, que si no fuera por el esfuerzo del buen capitán que traía, llamado Andrés de Mesas, soldado viejo y valeroso, y de don Pedro de Velasco, pariente muy cercano del condestable, á quien por ser buen militar enviaba su Majestad para que reconociese el estado de la guerra de las Alpujarras, y poniéndose de acuerdo con el duque se adoptaran por via de negociacion los medios convenientes de terminar las disensiones con los moriscos; digo que al verse estos dos capitanes tan audazmente acometidos por los moros, animando mucho á los suyos, dieron en ellos con tanto impetu, que se vieron por último los moros obligados á retirarse. Viéndolo el Dali escitaba á los suyos, diciéndoles á grandes voces que se mantuvieran firmes, y que no temiesen á los cristianos que eran pocos; que considerasen cuánto les iba en quitarles los bastimentos que llevaban al duque para su ejército. Con esto cobraron aliento los moros, y volvieron á la batalla con grande ánimo; pero fueron bien recibidos de los cristianos y de ambas partes se trabó una pelea tan reñida, que á don Pedro de Velasco llegaron á tomarle el caballo, y él quedó á pié con la espada y rodela por defensa, obrando prodigios como soldado valeroso.

Poco sin embargo le valiera su denuedo á los cristianos, si la discrecion del duque no les proporcionara socorro en tal apuro, porque como vió su excelencia que Avenabó, después de haberle presentado la batalla, se habia retirado con poca ocasion, pensó desde luego que su ánimo no habia sido otro que entreterle con las apariencias de pelea, enviando por otra parte gente bastante para que diese en la escolta que venia de Granada. En fuerza desta presuncion, mandó que al punto saliesen cuatrocientos caballos de los mejores del ejército, y con ellos otros

tantos peones bien armados, para que tomasen con la mayor diligencia el camino de Granada, hasta encontrar la escolta que venia y que deberian convoyar. Salieron al instante dichos caballos, llevando cada uno á las ancas un peon, y á toda priesa tomaron la vuelta de Granada; mas aun no habian andado una legua cuando oyeron la arcabuceria que andaba entre los cristianos y los moros del Dali. Oyendo el estrépito de la pólvora, y guiados por él al campo de batalla, apretaron el paso y llegaron á tan buen tiempo, que los cristianos llevaban ya lo peor, por ser muchos los moros que habian caído sobre ellos; pero así como vieron estos encima aquel troyel de caballos, hicieron de su gente dos partes, para que la una diese en ellos y la otra en la escolta. Al principio creyeron que la caballería llegaba sola; pero cuando vieron saltar un peon de cada caballo, y que juntos todos acometian gritando *Santiago, Santiago*, no quisieron los moros aguardar mas; y tomando por amparo la escabrosidad de la sierra, desaparecieron repentinamente, y cesó la batalla, quedando de ambas partes algunos muertos; así llegó la escolta al campo del duque, que no fué mal recibida. El Dali fué á juntarse con Avenabó, dándole cuenta de lo mal que le habia salido su intento, y de allí se retiraron todos á Andarax. El duque se fué con su ejército adonde llaman los Alginés, con ánimo de hacer allí alto; y llegando entre Ferreira y Cadiar, junto al rio de Jubiles, al ponerse el sol, se alojó el ejército cansado en el sitio mas fuerte que para su seguridad se pudo hallar, y permaneció allí algunos dias, durante los cuales un valeroso capitán moro, llamado Noabe, con quinientos arcabuceros, se atrevió á alarmar el campo del duque; pero los nuestros desde una emboscada le dieron, á una, tan terrible descarga, que malamente roto pudo escapar de sus manos. Ahora conviene dejar al duque alojado en Jubiles, para hablar del señor don Juan, que estaba en Caniles, habiendo mandado ir á reconocer la villa de Seron, como queda dicho.

Su Alteza llegó con su campo á un lugar llamado Caniles, y allí dió orden de seguir por el rio de Almanzora, dando sobre Seron, Purchena y los demás lugares de aquel rio, hasta que se diera fin á la guerra de Granada. Con este intento salieron tres mil hombres de á pié y de á caballo tomando la vuelta de Purchena, y en el camino se le dió noticia al señor don Juan de que no podia llegarse á aquel punto siguiendo el rio abajo, sin tocar primero por las faldas de Seron, donde habia gran copia de moros, que con buen campo aguardaban que llegase allí. Su Alteza, de acuerdo con los demás capitanes y con su ayo Quijada, determinó que diesen desde luego sobre Seron, al cual punto llegaron el dia siguiente al romper el alba. Maravillóse de ver tan alto é inespugnable aquel puesto, coligiendo que si su fortaleza se ponía en defensa, habia de ser aun mas dificultoso de ganar, y con mayor costa de sangre que la villa de Galera. Los moros, noticiosos de antemano de la venida del ejército contrario, se valieron de un ardid para perderle mas pronto; y con este intento mandaron que las mujeres y las criaturas salieran del lugar, tomando la vuelta de la sierra, y que delante de ellas fuera la mitad de la gente de guerra que tenian, quedándose la otra mitad escondidos en el castillo. Así pues las moras y los muchachos principiaron á salir del lugar llevando delante y detrás dellos una buena tropa de moros, bien prevenidos de arcabuces. Los cristianos que los vieron salir de aquella manera comenzaron á gritar: «á ellos, que huyen, no se nos vayan á la sierra, porque si se van, no tendremos derecho á ellos.» Diciendo esto y considerando que el engaño de los moros pudiera salir favorable á su intento, los cristianos acometieron al lugar por aquella cuesta arriba, y cuando llegaron á lo alto, mas codiciosos de robar que de batallar, se hicieron dos mangas, de las cuales la una siguió á los moros y moras que á su parecer huían, y la otra se metió en el pueblo, y princi-

pió á saquear las casas con mucha diligencia. Las moras que habian salido de allí, se pararon todas y se sentaron en tierra; llegaron los cristianos y las prendieron, y algunos soldados fueron tras de los moros que las llevaron para pelear con ellos. A este tiempo pareció en lo alto de la sierra una humadera no muy grande, que era señal cierta que tenían los moros adoptada para socorrerse; y apenas se divisó cuando por la parte de Tijola vieron asomar unas banderas con mas de diez mil soldados moros, todos tiradores. Los que habian salido del lugar con las moras se volvieron luego sobre los cristianos, que los seguian con un impetu terrible, y les dieron una brava descarga de arcabuceria; de tal manera, que convino á los cristianos retirarse hasta el punto en que sus compañeros habian alcanzado á las moras, á fin de hacer desde allí rostro á los moros hallándose todos juntos. De poco les sirvió este acuerdo, porque venian contra ellos los moros con gran pujanza, é iba acercándose el poderoso socorro que aguardaban; por lo cual principiaron á escopetear á los cristianos, trabándose entre unos y otros una brava escaramuza. Pero en ella llevaban los nuestros lo peor; de suerte que se vieron forzados á desamparar las moras y volver las espaldas á sus contrarios, que los fueron persiguiendo, matando, hiriendo, y cautivando á muchos dellos.

En aquel momento, los moros que veian lo que pasaba desde el castillo en que estaban escondidos, entendiendo que los cristianos que entraron en el lugar estarían ocupados en el saqueo, salieron de donde estaban ocultos, y lo primero que hicieron fué tomarles todas las salidas para que ninguno se escapase; los demás, que eran mas de mil, dieron luego sobre los que estaban robando, muy descuidados de aquel peligro, y mataron á muchos dellos, yendo buscándolos por las casas; de suerte que no se escapaba ninguno. El señor don Juan, que estaba con la caballería á la orilla del río, viendo por la altura venir aquel socorro, y otro además por el mismo río, que traía el Maleh con mas de seis mil moros, mandó á toda prisa que se tocase á recoger, recelando el peligro de la gente que andaba por la altura y dentro del lugar. Tocaron luego las trompetas y las cajas; pero los soldados que estaban embebidos en el saqueo, pensando que aquella señal se hacia para que cesaran, se estuvieron quietos, llevados de su desenfrenada codicia y sin atender á lo que les obligaba el arte militar. Mas cuando vieron luego sobre sí tanta multitud de moros, entendieron que el aviso de recoger era bueno y oportuno; y queriéndolo hacer no pudieron, porque, como dicho es, les tenían tomadas todas las salidas, y si alguno escapaba era por gran ventura y especial favor del cielo. Tanto los miserables cristianos que habian ido tras de las moras, como los que se habian quedado en el lugar engolosinados con el robo, viéndose todos tan cercados y oprimidos que no podian escapar por ninguna parte sin notorio daño, unos resolvieron meterse dentro de la iglesia haciéndose allí fuertes, y otros romper por los pasos defendidos y bajar adonde estaba la caballería. De aquellos que tomaron esta última resolución escaparon muchos, y los demás quedaron allí muertos, porque la salida era por unas calles muy estrechas que estaban tomadas por los arcabuceros moros. Muchos cristianos murieron de la primera rociada de arcabuceria; pero, luego que con la espada en la mano vinieron á embestirse unos y otros, se trabó una escaramuza cruel y sangrienta, en la cual murieron no pocos moros. La caballería no podia socorrer á los nuestros, porque los caballos no podian andar por aquellas estrechuras.

Puestos en defensa los cristianos que se refugiaron en la iglesia, ofendian á los moros con tesson, esperando que el señor don Juan les socorriese; mas era vana su esperanza, porque el Maleh en compañía del alcaide de Tijola y mas de seis mil moros embistieron á la caballería cris-

tiana, de suerte que impidió que pudieran ser socorridos los del lugar. El Maleh llevaba consigo unos cincuenta hombres de á caballo, armados de muy buenas escopetas, á modo de herreruelos de Flandes, los cuales acometieron con furia, y dieron una buena descarga de arcabuceria; retirados estos entraron los moros de infantería, y dieron otra carga muy cruel, que hizo grande estrago en los nuestros. Viéndose apretado el señor don Juan, y que su gente de infantería andaba desconcertada, principió á animar á sus soldados, y á fuerza de voces y exhortos reunió bastante número dellos, con los cuales y la caballería hizo frente al enemigo; pero reconociendo su Alteza la ventaja que le llevaba, mandó luego que sus banderas fueran retirándose con buen orden, y de modo que los suyos no fuesen desbaratados. En aquel momento andaba gran vocería y confusion por todas partes, porque dentro del lugar se oian los tiros de arcabuceria que andaban entre los cristianos y los moros, y á la márgen del río no habia menos estrépito. El señor don Juan lleno de valor andaba por todas partes animando á su ejército, y ordenando la retirada, para que se hiciese con buen concierto y sin dejar de pelear. Los moros no los dejaban un punto, y les decian palabras injuriosas, como *ahora pagareis lo que hicisteis en Galera*. Andando la accion tan revuelta le dió á su Alteza una bala en la celada, de suerte que se la abolló. Esto dice Rufo; pero otros afirman que no le pegó sino en el acerado arzon trasero de la silla, y que de allí botó y mató á un soldado, natural de Baza. En seguida vino otra bala diabólica de los enemigos, y alcanzó al buen don Luis Quijada, ayo de su Alteza, dándole un golpe tan malo, que le pasó el muslo y le rompió la canilla. Luego que el príncipe supo la desgracia de su ayo, sintió gravísimo pesar, y mandó que con toda diligencia se le llevase á Caniles.

Los moros vinieron siguiendo á los nuestros mas de una legua; pero, recelosos luego de alguna grande emboscada, no pasaron adelante, y se volvieron á Seron, donde hallaron trabada gran batalla entre los moros y los cristianos que estaban dentro de la iglesia. Estos se defendieron valerosamente todo aquel día y parte del otro; pero habiéndoseles acabado las municiones, y viendo que no eran socorridos, tuvieron que rendirse á discrecion: unos fueron muertos, otros declarados cautivos, recibiendo todos el justo pago de no haber atendido al cumplimiento de su obligacion por cebarse en el robo. Pesóle mucho de su desgracia al señor don Juan, que no pudo remediarla, y pasó á Baza, donde se hicieron todas las diligencias posibles por la curacion de don Luis Quijada, sin obtenerse buen resultado; de manera que murió pocos dias después, causando á su Alteza gran dolor, como si hubiera perdido á su propio padre. El único consuelo que quedaba en aquella desgracia era, hacer al difunto solemnísimas obsequias, y un enterramiento digno de un buen general y militar esclarecido; para lo cual el señor don Juan mandó que todos los capitanes, mostrando gran tristeza, salieran con sus compañías, y llevaran los atambores destemplados y los pifanos tocando dolorosamente; que los alféreces llevasen las banderas tendidas, y arrastrando por el suelo, y los soldados con los arcabuces al revés de como se suelen llevar. Desta suerte fueron pasando por su orden los tres tercios del ejército, el de Nápoles que era de don Pedro de Padilla, el de Antonio Moreno, y el de don Lope de Figueroa. Iba detrás de toda la infantería don García Manrique con la caballería, los estandartes arrastrando, y tocando las trompetas sonatas lúgubres, de tal modo, que cuantos oian aquella música sentian en su alma profunda tristeza, y prorumpian en llanto aunque fueran de duro y empedernido corazón. En la retaguardia de la caballería llevaban el ilustre cuerpo de don Luis Quijada, dentro de un ataúd cubierto de paños negros, y le acompañaba inmediatamente el señor don Juan con muchos

caballeros principales, duques, condes, marqueses y señores de estado, todos vestidos de luto. Con esta ceremonia llegaron á San Jerónimo, y allí fué sepultado el noble caballero con tanta honra y grandeza como si fuera un rey; teniéndolo muy bien merecido, tanto por haberse hallado sirviendo al emperador en todas las guerras de Flandes, Francia é Italia, como por haber sido ayo de un príncipe tan escelso como el señor don Juan de Austria. Creemos piadosamente que el alma de don Luis subiría al cielo con el oloroso incienso que se quemó en los altares de San Jerónimo, porque siempre habia empleado la vida en pelear contra enemigos de nuestra santa fe, y por último murió batallando con ellos como soldado valeroso. Hechas las funerales obsequias con tanta solemnidad, de orden de su Alteza se puso sobre su sepulcro en un mármol blanco y pulimentado este epitafio:

Cortó la dura para
El hilo de la vida
A aquel que en vida y muerte siguió á Marte.
Y al hijo del monarca
De fama mas crecida,
Le fué adoptivo padre en toda parte.
Sintió el segundo Marte,
Hijo de aquel famoso
Don Carlos, dolor fuerte,
En ver la dura muerte
De su querido ayo, piadoso
Quijada, que ya el suelo
El cuerpo cubre, y el alma goza el cielo.

La mujer del buen Quijada, que era del linaje de los Ulloas, se halló en este tránsito doloroso, y haciendo grandes lamentos fué muy conhortada del señor don Juan, ofreciéndose su Alteza á mirarla en adelante y respetarla como á su misma madre.

Luego después mandó el príncipe que tomase el campo la vuelta de Seron, con ánimo de asolarle y vengar así en los moros la muerte de su ayo. Comenzaron á marchar por el río de Almanzora para dar en Seron, donde los dejaremos hasta su tiempo, y diremos algo del duque y de Avenabó, que estaban en la sierra sin llegar á las manos, porque el moro ponía todo su estudio en eludir la batalla y cansar al duque, dando tiempo á que sintiera la necesidad de bastimentos, y en fuerza della se le deshiciese el ejército. No andaba en esto muy engañado el moro, porque efectivamente el duque tenia gran campo y padecía necesidad: desta suerte buscando á Avenabó para dar fin á la guerra, llegó á Pitos de Ferreira, pasó á Ojijar, y de allí se fué á Valor, pero en ninguna parte pudo hallarle y darle la batalla. Toda su diligencia y trabajo eran inútiles, porque el moro de Avenabó le huía siempre la parada, pensando vencerle huyendo; porque, como se ha dicho, sabia muy bien que en el campo del duque andaban ya muy escasos los bastimentos, y á él no le faltaban. Un día pues, estando en Andarax, pronunció á sus capitanes el razonamiento siguiente:

«Ahora, capitanes valerosos y fuertes soldados, quiero valermé con nuestros enemigos del mismo ardid que usó el prudente Fabio Máximo de Roma con los de Africa, en el tiempo de aquellas crudas guerras que hubo entre romanos y africanos. Todo consistió en ir dilatando á los enemigos la batalla, sin llegar al rompimiento de las armas con ellos, trayéndolos á la necesidad de rendirse por falta de medios para proseguir la guerra. Y no se crea que es cobardía rehusar la batalla al enemigo, si se le puede vencer sin peligro ni derramamiento de sangre; pues es prudencia y discrecion ardir de buenos soldados y generales sagaces. Así pues, sabiendo yo que el duque tiene grande falta de bastimentos, y que su campo padece, por haberse metido en parte de donde sin comprometer su honor no puede retroceder ni desistir de su propósito, no viniéndole de Granada el sustento que espera por momentos con escoltas, quitándole estas y destruyéndolas los nuestros, dad al general y á su ejército por perdidos. Así digo que el valeroso capitán Partal asista en Orjiva, siempre inmediato al campo del duque, para que cualquier

escolta que venga de Granada se la quite, llevando consigo mil soldados valerosos. Digo también, que el capitán Moxaxar con otros mil soldados corra desde la taha de Andarax hasta la tierra de Gador, y vuelta de Almería y Adra, haciendo cruda guerra; y el Garal con cinco compañías estienda su distrito hasta Ventomiz y la vuelta de Vélez Málaga, teniendo allí sus espías para saber lo que pasare por aquellas partes. El capitán Arrendate con seis banderas tome la Sierra-Nevada y sus faldas, y el capitán Puntal con siete banderas llegue hasta la Vega y puertas de Granada, estando todos siempre alerta para coger las escoltas, y no dando lugar á que lleguen al campo del duque. Desta suerte yo sé que amainará su loca presunción, porque el hambre le pondrá en tal aprieto, que le convenga abandonar su intento y salir de las Alpujarras. A este campo del hermano de Felipe, que el duque aguarda por horas, yo le pondré tales tropiezos é inconvenientes, que no llegue á la Alpujarra tan presto como piensa, porque en Seron, que es lugar fuerte, hay mucha gente de guerra con el valeroso Maleh, y el alcaide de Tijola; de modo que la vista de Seron le ha costado ya al de Austria mas de quinientos soldados y la vida de su ayo, de lo cual ha sacado mas pena que gloria; y si por caso tomare á Seron, que no le costaria poco, luego le pondremos por delante á Tijola, que es un fuerte inespugnable, y así le iremos entreteniéndolo hasta que el duque se apure de todo punto y se deshaga su ejército. En este intervalo de tiempo nos vendrá el socorro de Arjel, pues ya envié yo á decir al Ochali que la pérdida de Galera no hace ni deshace nuestro intento principal, y que no por eso deje de enviar la gente que tiene pronta para venir á España. Desta manera podremos luego dar fin con nuestros enemigos, y salir triunfantes de la empresa comenzada, á pesar de todo el mundo.»

A la conclusion deste discurso, todos los del consejo de Avenabó aplaudieron su buen juicio, teniéndole por muy discreto y sagaz en la direccion de las operaciones militares. Así como él habia indicado, salieron inmediatamente á sus respectivos lugares los mismos capitanes que designó. Por aquel mismo tiempo, el duque con gran conato buscaba el ejército de Avenabó para presentarle batalla, sin haber advertido que él de intento andaba huyendo la ocasion.

Volvamos ahora al señor don Juan, que tomó con su campo la vuelta de Seron, y luego que llegó allá, mandó al valeroso don Lope de Figueroa que con su tercio asaltase la fortaleza; hizo lo con tanto esfuerzo y felicidad, que en una sola accion la rindió y desbarató. Espantados los enemigos de tan impetuoso ataque salieron de allí huyendo para Tijola; y habiendo quedado Seron desamparado, fué en seguida saqueado y abrasado; allí se ganaron tres banderas, la una dellas blanca, teñida por muchas partes de sangre de cristianos.

Aunque el duque de Sesá tenia rodeado por todas partes á Avenabó para obligarle á venir con él á las manos, la necesidad de viveres, á que se hallaba reducido, hacia gran perjuicio á su intento, porque á no haber sido su escelencia tan franco y benévolo para remediar en cuanto podia á todos los necesitados, no le quedara hombre vivo; pero siendo tan grande el apuro, envió al marqués de la Fabara con una escolta numerosa y muy lucida á la Calahorra y á Guadix para que trajese bastimentos al campo. Salió el marqués acompañado de la gente de Sevilla, que era muy buena, y no estaba mal armada, y llevaba gran bagaje, y en él muchos soldados mulatos para que se curaran, porque no eran de ningún provecho en el campo. Caminando desta suerte el marqués, llegaron al puerto de la Ragua, que es de áspero y angosto tránsito; de manera que por él no pueden pasar sino dos personas juntas. En este punto estaban apostados dos valerosos capitanes moros, el uno llamado el Marzape del Cenete, y el otro el

Picini de Verja, juntando entre los dos cerca de mil hombres, todos arcabuceros de los montes; estaban allí guardando aquel paso, sabiendo que habían de dar en él las escoltas que salieran de Granada para el campo del duque; y como vieron que aquella iba al contrario para Granada, se estuvieron emboscados sin salir al marqués que llevaba la vanguardia, é iba bastante adelante de los demás.

Habiendo dejado pasar mas de la mitad de la gente, y viendo luego los moros que se había alargado tanto el marqués, salieron de la espesura del monte, dando en los bagajes y en la retaguardia con tanto ímpetu y fiereza, que de la primera rociada de arcabucería mataron á muchos de los nuestros. Viéndose estos asaltados súbitamente y con tanto poder, se turbaron y descompusieron, no sabiendo qué hacerse; de modo que algunos dellos poseídos de miedo huyeron, y siguiéndolos los moros fueron muertos y destrozados sin remedio alguno; los cristianos enfermos sufrieron la peor parte, porque ni podían huir, ni pelear, y así morían muchos: otros se precipitaban por aquellas laderas abajo con temor de la muerte, que ellos mismos se tomaban con sus manos. Viéndolos los moros en infame fuga y desbaratados, tomaron mayor brío para ofenderlos, y los perseguían sin dejarles tomar aliento. Fué tanta la gritería que levantaron, que se oyó en la vanguardia, y al instante el buen marqués tornó animosamente con la gente que llevaba, y á toda priesa embistió á los moros, matando por su propia mano á siete u ocho, y dando voces á los suyos para que embistiesen con ellos, mirándolos como gente cobarde y de poquísimo valor. Cobraron ánimo los cristianos con las palabras del marqués, y luego acometieron á los moros con tanta valentía, que los hicieron retirar precipitadamente. Visto esto por muchos de los nuestros que andaban desmandados, se reunieron con los suyos en seguida, é hicieron grande estrago en los enemigos, los cuales huyeron dejando, sí, muchos cristianos muertos, pero también perdiendo no menor número de su parte. Si no hubiera sido por el inclito valor del marqués, fuera sin duda esta refriega todavía peor que la de Alvaro de Flores; pero él, como buen soldado, recogió todo el bagaje á los suyos que andaban dispersos, y con buen orden llegó á la Calahorra, donde se proveyó de todo lo que necesitaba, así para los heridos como para la subsistencia del campo del duque.

Luego supo el caso su excelencia por algunos soldados que huyendo se volvieron á sus reales, y contaron cómo por ir muy adelante la vanguardia habían hecho los moros tanto estrago en el bagaje y la retaguardia. Muy pesaroso el duque deste daño, juró vengarle en los moros, y para ello mandó que marchara inmediatamente el ejército á Castil de Ferro, que era el punto donde los moros aguardaban que arribase el socorro de Africa; y para estorbar que tomasen tierra por allí, quiso que se atacase la fortaleza con intento de ganarla. Pasando por el territorio de Dalías, donde tenían los moros muchos sembrados y ya en sazón de segarse las cebadas tempranas, mandó el duque que á todo se pegase fuego para que perdiesen la esperanza de su remedio, y no pudiesen aprovecharse de aquellas mieses y panes, después de haberlas guardado con gran diligencia durante su crecimiento y maduración. Llegó el duque á Castil de Ferro, y le combatió reciamente, aunque había dentro buena guarnición con algunos turcos y otros capitanes. A esta sazón llegaron allí las galeras con el comendador mayor, y viendo lo que pasaba, se holgaron de llegar á tan buen tiempo para poder obrar por mar y el duque por tierra la pronta rendición de la fortaleza; é hicieron tanto, que los turcos perdieron la esperanza que tenían de recibir por allí el socorro que aguardaban de Arjel. Con efecto, al mismo tiempo llega este á tomar tierra en España por Castil de Ferro,

guiándole el turco Carbagi, como estaba concertado; pero acercándose y oyendo la recia batería que daban los cristianos á la fortaleza por tierra, al paso que las galeras hacían lo mismo por la mar, el capitán sobrecogido de temor mandó luego mudar de rumbo á los navios en que venía el socorro, y que eran catorce galeotas grandes cargadas de bastimentos, armas y muy lucida gente turquesca; y con gran dolor en su corazón, por haber llegado tan tarde, fué buscando otro lugar mas cómodo donde pudiera tomar tierra su gente. El duque, habiendo ganado aquella fortaleza, puso en ella buena guardia, y se fué á buscar á Avenabó para darle la batalla. Las galeras se dirigieron á Málaga y al Puerto de Santa Maria para aguardar allí las órdenes posteriores que se les diesen.

Avenabó no tardó en saber que Castil de Ferro quedaba en poder de los cristianos, de lo cual le pesó mucho, y especialmente de que allí no hubiese podido tomar tierra el socorro de Arjel. Muy acongojado desta desgracia no sabía qué hacerse, pues el duque le seguía á todas partes, y el de Austria iba destruyendo las riberas del río Almanzora, para venir á juntarse con el ejército de aquel, y causar su perdición. Veía que en los lugares que tomaban iban dejando mucha gente de guarnición, que quemaban los panes y talaban las tierras, poniéndole cada día en mayor estrechez; y así iba apartándose del duque sin osar presentarle la batalla, teniendo todavía puesta su esperanza en los socorros de Arjel. Mas bien entendía Avenabó que aquella guerra había de parar en daño de los moros, y disimulaba todo lo posible el desventurado con intento de pasarse á Africa, lo cual, si los suyos lo supieran, le habrían hecho pedazos.

Por este tiempo muchos moros, que pasarían de dos mil, tornaron á fortificarse en Bentomiz y Frigiliana; todos los lugares cercados de Ronda y su sierra se levantaron desvergonzadamente, y principiaron á hacer mucho daño á los cristianos, poniendo banderas para reclutar gente, y formando escuadrones bien armados; además destes lugares siguieron el mismo ejemplo los de las sierras Bermeja y de Listán, que eran muchos, y tomaron los puestos mas seguros junto á la mar para poderse embarcar con facilidad cuando no pudiesen hacer otra cosa, y también, porque de aquellas partes podrían ser socorridos de las gentes de Africa. Destos puntos salían atrevidamente á correr las tierras de los cristianos hasta las puertas de Ronda, llevándose los ganados, los pastores y la demás gente que andaba por el campo. El duque de Arcos, don Luis Ponce de Leon, salió contra ellos, pero con especial orden de su Majestad para que si podía los redujese á la obediencia sin batalla, y si no, que los acabase por fuerza de armas. Trató con ellos el duque, y algunos se rindieron á su voluntad, pero impidió el que lo hicieran todos un moro de animoso corazón, dándole por consejo que no torciesen las voluntades, sino que llevarán adelante lo que habían comenzado. Por esta causa fatal los moros se obstinaron en su rebelión, y tomaron las armas, de modo que el duque de Arcos se vió obligado á salir contra ellos de mano armada, y lo primero que hizo fué visitar los puntos de Sierra Bermeja, porque los moros no hiciesen allí alojamientos fuertes. Entrando por esta sierra, se renovó en la memoria de los cristianos la venganza que debían tomar por sus pasados, encontrando por ella gran cantidad de calaveras de hombres muertos, y de despojos de caballos del tiempo en que don Alonso de Aguilar fué allí muerto, y el de Viena desbaratado; también había muchos trozos de armas y cuchillas de lanzas; y todo esto inflamó el pecho de los cristianos contra los moradores del país. Llegando á la altura en donde pereció el famoso don Alonso, que era un corto llano al pié de unos peñascos, y había puesta una cruz, se encontró grabado en las vivas peñas un letrero, que en castellano decía así:

Aquí murió el de Aguilar,
Don Alonso intitulado,
De moros sobrepujado
Siendo él solo en pelear.

Estos versos declaran la verdad del caso de la muerte de don Alonso; porque al tiempo que andaba la batalla, y los moros en gran muchedumbre pusieron en fuga á los cristianos, matándolos ó hiriéndolos á su salvo, el buen don Alonso de Aguilar se halló solo, desamparado de los suyos; y viendo que allí no había mas remedio que morir, tomando por abrigo aquellas altas peñas para tener las espaldas seguras, mostró su gran valor, matando por su propia mano mas de cincuenta moros de los que atrevidamente osaron á acercarse á él. Entonces advirtiendo los moros que tanto se defendía, y que no se le podía entrar sin peligro, mudaron las armas para ofenderle, y á pedradas le mataron; pero dejó de su valor fama eterna. Y lo que dice el Rufo en su *Austriada*, que murió peleando cuerpo á cuerpo con el capitán moro llamado Ferrí, es falso, pues no era tan corto el valor de don Alonso, que por esforzado que fuese un moro le rindiera y mata- ra. Esta batalla ya la dejo yo descrita en la primera parte desta historia, y la puse así como pasó.

Pues volviendo al caso, así que supo el Malique, capitán de las banderas moras, que el duque de Arcos había tomado á Sierra Bermeja, salió con su campo á tomar la de Distán, que era otra sierra muy fuerte. Pensando el duque que se juzgara cobarde no ir á buscar al enemigo, lo puso luego por obra, y llegando á la fuente Fria, que es muy buena posición, mandó asentar allí su ejército. En la misma noche ocurrió la desgracia de haberse allí encendido un gran fuego, sin que se pudiera saber quién le había echado; pero la actividad de su excelencia contribuyó mucho para que el fuego se apagara pronto, é hiciera poco daño en el real. Inmediatamente mandó el duque que se levantara el campo, y partiera en demanda del enemigo, siendo maestros dél don Pedro Bermudez, de Galicia, y Pedro de Mendoza, dos nobles caballeros, y ayudante Juan de Espuche, que era un soldado veterano de los de Flandes. Llegando el campo junto á la sierra de Distán se vió otra sierra no menos áspera llamada de Arboré, y que le pareció al duque importante ganarla porque estaba casi encima de la de Distán; y así mandó que se subiese por ella á toda priesa. Los soldados le principiaron á subir, mas los moros la defendían con tal esfuerzo, que se trabó entre ambos ejércitos una gran pelea, cuyas resultas fueron favorables al del duque, que quedó dueño de la sierra de Arboré. En vista de su importancia puso en ella su excelencia una gran guarnición, y con el resto de su gente se fué á la sierra de Distán, y por la parte menos áspera la puso sitio con buena fortificación; luego mandó que los gastadores abriesen un sendero bastante ancho para que subiera la artillería tirada por caballos; y dejando su campo dividido en cuatro partes, subió acompañado de mucha gente, y con la artillería, para dar el día siguiente un asalto á los moros. Todos los cuatro trozos de la milicia cristiana subían en buen orden, sin perder punto de las hileras, siendo cabo de la caballería don Juan Ponce de Leon, deudo muy cercano del duque; con este iba el hijo de su excelencia, mozo gallardo, á quien ya apuntaba la barba, y de no menos valor que sus antepasados; toda esta caballería guardaba los llanos para que ningún moro se fuese.

Venida la noche, el duque alojó su gente en parte cómoda y segura, con ánimo de asaltar al otro día un fuerte que allí tenían los moros. Estos, viendo subir tan despacio el campo del duque, entendieron luego su designio, y acordaron acometer á los cristianos aquella misma tarde. Viendo el duque el arrojó de los moros, mandó que todos se defendiesen á pié quieto, sin deshacer el orden en que iban; pero hubo algunos soldados que no tuvieron cuenta con este mandamiento, y dejando sus filas empezaron á subir la sierra arriba. Al ver el duque ir desmandada su

gente tras del enemigo, entendió luego como discreto capitán que los moros se retiraban engañosamente, dejando puestas emboscadas; y en atención á que cerraba la noche, receloso deste daño que seguía el mismo rumbo que el de la Sierra Bermeja, resolvió subir arriba con todos los suyos, y así se puso delante de todos, gritando: *Santiago*. El ejército, que vió á su general acometer de aquella manera, le siguió con gran furia; y no fué este mal aviso del duque, porque si aguardara á que se acabase la poca luz del cielo que quedaba, él y toda su gente se perdieran sin duda alguna, pues los enemigos tenían tomados todos los pasos por donde los nuestros no podían escapar. Estando el duque arriba con su gente, luego se pegó contra el muro de la fortaleza, el cual estaba lleno de enemigos que la defendían, y allí se trabó una pelea muy cruda y sangrienta, donde los cristianos sacaban la peor parte, llevándose los moros la ventaja de estar en alto, y poderles desde allí arrojar infinidad de balas, peñascos, piedras, chuzos y asadores. El valeroso duque, émulo de la heroicidad de sus antepasados, se arrojó por una parte, que le pareció mas franca, dentro del fuerte, apellidado *Santiago, cierra Española*; con él entraron otros valientes soldados gritando *victoria*, habiendo tenido por mejor ventura meterse allí dentro á pelear, que correr el riesgo que de fuera se ofrecía. Entonces fué la confusion terrible entre unos y otros, estando ya cerrada la noche, y casi no pudiéndose ver ni conocer sino al resplandor de los fogones cuando las escopetas disparaban. Los cristianos, para reconocerse se oyeron unos á otros, gritaban *Santiago*; y viendo los moros que usando de aquel apellido español los mataban sin piedad, acordaron de tomarle ellos propios; y así aquel que mas claro lo podía pronunciar, iba gritando *Santiago*, y se metía entre los cristianos, matándolos á su salvo, porque aquel era el nombre que tenían ellos adoptado para no hacerse daño mutuamente. Entendida luego la cautela de los moros en vista del estrago que hacían, acordaron de mudar de nombre, gritando: *Arcos, Arcos*. Entendiendo mal los moros aquel grito nuevo, y queriéndole tomar, por decir *Arcos* decían *Arcas*, y todavía mal pronunciado; y así los cristianos los mataban cruelmente. El alboroto y la confusion eran tan grandes, que por todas partes no se oía otra cosa que el horrído estruendo de las armas, los ayes dolorosos de los heridos, y los lamentos de los que iban muriendo entre los piés de los vivos que peleaban; de modo que aquel que una vez caía, no se volvía á levantar, ni podía remediarse. Viendo su perdición el capitán Malique y el destrozo de los suyos, determinó huir de la batalla, desamparando la fortaleza; y valiéndose para ello de la tenebrosa noche, encubrió en su sombra su cobardía, y se fué por las laderas de la sierra huyendo cansado, desatinado, mal herido, y sin saber dónde iría ni á qué parte. Sin embargo, no se halló solo, porque otros muchos de su bando habían hecho lo mismo que él; y recogiendo á todos cuantos pudo, salió de aquella sierra amedrentado, y maldiciendo el fin de sus esperanzas. Alojose el buen duque con su gente en aquella fortaleza, y el resto del ejército fuera della, manteniéndose siempre quieta la caballería, por guardar el orden que se le había dado.

Mientras pasaban estas cosas en las cercanías de Ronda, y publicaba la fama por toda España la brillante victoria del duque de Arcos, Avenabó temblando no sabía qué hacerse, y suspiraba y gemía grandemente viendo que al mismo tiempo le apretaba el duque de Sesa, y que estaba ya aguardando al señor don Juan para que, juntándose los dos ejércitos, consumasen la ruina de su bando. Lo que mas sentía él era que el señor don Juan había desbaratado todas sus emboscadas. Los turcos y aquellos moros mas allegados á su persona tenían ya reconocida su intención de pasarse á Africa, y dejarlos metidos entre el fuego de tan cruda guerra; atento lo cual, sus mismos familiares

se conjuraron contra él para darle muerte, sin haber podido llevar tan ocultamente su propósito adelante, que Avenabó no lo sintiera ó sospechara. El disimuló, no dando a entender que le hubiese venido á la memoria tal pensamiento, y así pasaba entre mil sospechas y recelos las noches y los días, aguardando á que la fortuna le ofreciese alguna coyuntura mas favorable. La gente de sus banderas andaba ya muy floja; nada se le daba por las armas, y queria mas morir una vez, que pasar por tantas y tan amargas ansias, así del hambre como de los frios y otras muchas necesidades que ocurrían. Andaban ya los turcos muy tristes y licenciosos, estropeando á muchos muchachos y doncellas, sin temor ninguno de los moriscos ni del rey Avenabó, no yéndoles nadie á la mano, porque en ellos estaba el nervio de la guerra contra los cristianos. Dejémoslos aquí siguiendo sus maldades, y á Avenabó poseído de sus recelos y temeroso de la muerte, para decir lo que hizo en Tijola el señor don Juan, insertando antes sobre lo pasado el romance siguiente:

De Baza sale don Juan,
El de Austria intitulado;
La vuelta va de Almanzora
En busca del moro bando.
El campo llega á Caniles,
Lugar de Baza cercano,
Y él pasa con tres mil hombres
Para descubrir el campo,
Y la fuerza de Seron
Que está por el moro bando.
Al llegar así en Alteza
No le fué muy bien contado.
Por llevar tan poca gente
Para intentar aquel caso.
Seron está apercebido,
Lo que no piensa el cristiano;
Los moros usan de maña
Por salir mas á su salvo;
Las moriscas echan fuera,
Que salgan al des poblado;
Mas llevaban buena guarda
De un escuadron bien formado.
Piensan los nuestros que huyen;
Arremeten denodados
Por coger aquella presa
De moras, que se han mostrado.
Tinos siguen á las moras,
Otros el pueblo han entrado.
Comienzan á saquearle
Sin tener ningun cuidado.
Escondidos mas de mil
Moros allí se han quedado,
Que cuando vieron la suya,
Y que estaban descuidados
Los cristianos en el robo,
Les dieron muy crudo asalto.
Matábanlos en las casas,
Los despojos saqueando.
Con esto vino el alcide
De Tijola con grande bando
A socorrer á Seron.
Que está puesto en aquel paso.
Los que siguieron las moras
Huyendo vuelven acaso
De un escuadron muy crecido
Que los venia cercando
De moros arcabuceros
Con un furor endiablado.
El Maleh con gran socorro
El rio viene marchando;
El austriaco que lo vido
A recoger ha mandado
Que se toque prontamente,
Recelando grave daño.
Matanza hacen los moros
En los cuitados cristianos,
Que huyendo se retiran
A su campo amedrentados.
Llegó el Maleh con pujanza
Muchos tiros disparando.
El austriaco se defiende
De aquel escuadron doblado.
Sus cristianos recogiendo:
Poco á poco y peleando
Se retira el rio arriba.

Perdiendo muchos cristianos,
Y al buen don Luis Quijada,
Que mostraba ser soldado,
En un muslo le han herido
De un cruel arcabucero.
Sientelo el austriaco mucho,
Y promete de vengallo.
Retírase el de Austria al fin
Con dolor nunca pensado.
Y llevó á curar á Baza
Al buen Quijada su ayre.
Pero es mortal la herida,
Y no puede ser curado.
Así dió el ánima á Dios,
Y el cuerpo fué sepultado
En un convento de frailes,
San Jerónimo nombrado.
Hízosele enterramiento
De general afamado,
Arrastrando las banderas
Y atambores destemplados.
Todos cubiertos de luto,
Señal de duelo mostrando.
En este tiempo el de Sesa
Buscaba al moro Avenabó
Para darle la batalla;
Mas él se la va escusando.
Con esto el campo del duque
De hambre está fatigado,
Y para buscar remedio
El buen duque le ha mandado
Al marqués de la Fabara
Que se vaya apresurado
A Guadix por bastimentos,
Y el marqués salió de grado
Con una escolta muy buena
Y el bagaje á buen recaudo.
Mas en el puerto la Ragua
Fué el marqués desbaratado
Por dos capitanes moros
Que le dieron crudo asalto.
Peleando luego el marqués
Como valiente soldado,
Hizo retirar los moros,
Llevando su escolta á salvo
A Calahorra y Guadix,
Donde le fuera mandado.
El duque supo esta nueva
Y le pesó en sumo grado;
Pero vengóla muy bien,
Pues así lo había jurado.
Que ganó á Castell de Ferro
Y las mieses ha quemado,
Y retirando á Avenabó.
En este tiempo y sazón
En Ronda el morisco bando
Se ha levantado furioso
Mil banderas tremolando.
El duque de Arcos los sigue,
Y los ha desbaratado,
Matando muy muchos dellos.
Como la prosa ha contado.
Conviene volver ahora
A don Juan de Austria y su campo.

CAPITULO XXIV.

Dicese cómo el señor don Juan puso cerco sobre Tijola, y la ganó á los moros, con otras cosas que pasaron en su conquista.

Luego que su Alteza dió fin á lo de Seron, mandó que el campo tomase la vuelta de Tijola, lugar antiguo y fortísimo, con un castillo inespugnable, fabricado sobre unas peñas muy altas y tajadas, donde los moros recogidos de todos aquellos lugares, como Urraca, Almuya, Bayarque y otros muchos, tenían depositadas sus prendas mas queridas, pareciéndoles estar seguros. Marchó el campo con el órden que designó su Alteza, y llegando á Tijola la Nue-

va, que era otro lugar que estaba en lo bajo, de donde los moros se habian ido, subiéndonse á la poblacion antigua y castillo fuerte, asentó su real tomando la traza que era conveniente para estar mejor y con menos peligro. El asedio se puso en esta forma:

El tercio del señor don Juan, que era el de Antonio Moreno, se fijó en el lugar nuevo, acia la parte del rio. El tercio de don Lope de Figueroa se puso en lo alto de la montaña, á la parte del mediodía, en donde se obró luego una plataforma, y se plantaron seis buenos cañones de los de don Juan Manrique: esta plataforma estaba construida de suerte que tenia la tierra sitiada. A la parte de la tramontana, sobre el camino de Baza, se sentó el tercio de don Pedro de Padilla, adonde se plantaron otros seis cañones muy buenos; en el tercio de su Alteza no se pusieron cañones, porque estaba situado en una hondura. Sentado el campo en esta forma, y repartidos los tercios, mandó su Alteza que se comenzase á batir el fuerte por la parte del mediodía y la de tramontana; pero la artillería no hacia efecto ninguno, porque los cimientos de los muros estaban encajados en los peñascos, y entretejidas las obras, daban las balas en las peñas, y dellas botaban con tanta violencia, como si de allí salieran disparadas de cañones de la parte contraria. Vióse una bala destas rebatida dar en el llano de la huerta, y matar á dos bagajeros que estaban juntos, y otra pegar contra un olivo grande y hacerle pedazos. Entraban algunas balas en la tierra, pero no se reconocía el daño que hiciesen; y así determinó el señor don Juan que plantasen otras dos piezas en la ladera de mas abajo del tercio de don Lope, para que desde allí se pudiera batir un lienzo de muralla que por aquella parte se descubría; su Alteza dió el encargo de llevar aquellas piezas á dos capitanes zamoranos al lugar que habia designado.

Los zamoranos tenían muy buena gente, y la mandaron que subiera las piezas á fuerza de brazos, tirándolas con maromas; y muchos soldados, cargados de fajinas para hacer una trinchera y plataforma, comenzaron á subir por la cuesta arriba. Llegados al punto donde habia de hacerse la obra, reconocieron los moros su intento, y viendo que si se plantaban allí las dos piezas les causarían mucho daño, resolvieron estorbarlo; y así salió denodadamente un cuerpo de turcos y de moros, que dió en la gente de Zamora con tanto impetu y valor, que la puso en grande aprieto y confusión; de manera que hubo muchos soldados que con la fajina acuestas se volvian precipitadamente por la cuesta abajo, forzados del temor que sintieron de improviso. Siendo luego los zamoranos exhortados por sus capitanes volvieron la cara, y se trabó una brava escaramuza en que murieron algunos de ambas partes; al fin se plantaron las dos piezas, y se hizo la trinchera y plataforma, á pesar de los moros. En seguida se principió á batir aquel lienzo de muralla que mas se descubria, y las balas hicieron en él grande efecto; pero los moros le iban trasmurallando, escarmentados de lo que habia pasado en Galera, y temerosos de que les sucediera otro tanto. Con este recelo iban reparando el daño que causaba la batería, y por encima de las murallas tiraban á los nuestros con tanta certeza, que en pocos dias mataron á seis artilleros de los mejores del ejército, hiriéndolos á todos en la frente ó la cara, que era la parte mayor que se podia descubrir de su cuerpo. Con todo eso no dejaban los moros de estar poseídos de mucho miedo, imaginando trazas para escaparse de allí á su salvo sin ser sentidos; y así, un dia entrando en consejo de guerra sobre lo que habian de hacer, un moro anciano, llamado el Jumaimit, que tenia parte de judío, habló á todos desta manera:

«Hace ya veinte dias, valerosos capitanes moros y turcos, que estamos sitiados, y si nos obstinamos en aguardar otros veinte mas, nos perderemos totalmente como los de Galera; porque aunque es verdad que estamos pro-

veidos de lo necesario, tanto de bastimentos como de municiones, nos ha de faltar muy presto el agua, que es la mayor falta que podemos tener, especialmente habiendo niños y mujeres, gente de poco sufrimiento en casos semejantes. Fáltandonos lo que digo, y siendo al mismo tiempo grandes el poder y el empeño del enemigo que nos ha puesto sitio, de modo que no abandonará la empresa hasta haber allanado las peñas y murallas que nos defienden, y echando por tierra las casas, ¿qué fin se puede esperar? No otro por cierto que el de Galera. Pues si debe ser este, mas vale tomar uno de los dos medios que yo ahora diré, y sea aquel que mejor pareciere á todos. El primero es, que nos pongamos en manos del general cristiano, confiados en la generosidad de su noble ánimo. El segundo, desistir de la defensa, dejando la tierra una noche que el cielo nos depare cómoda para poderlo ejecutar sin que seamos sentidos, é irnos adonde está Avenabó. En llegando allá, Alá y el tiempo dispondrán otra cosa que nos esté bien ó mal. Este es mi parecer; diga ahora el suyo aquel que le tuviere mejor y mas acertado, para que le recibamos todos de buena voluntad, buscando la propia salud.»

Con esto dió fin á su razonamiento el ajudaizado moro, y á todos pareció muy bien, trayendo á la memoria el fin doloroso de Galera, los trabajos pasados y presentes, los que esperaban venir, y la poca esperanza que tenían de remedio; por lo cual, de los dos extremos les parecia el mejor entregarse en las manos del rey, implorando su misericordia para acabar con tantas desventuras. Casi todos convinieron en este dictamen, y solo un moro infame, pariente del Maleh, opinó de contrario modo, y habló desta manera:

«Valientes capitanes, parientes y amigos: ya que la desventura, y por nuestros pecados Mahoma quiere que las banderas de los cristianos victoriosas nos hayan puesto en el presente apuro, de las dos cosas en que el capitán Jumaimit ha puesto nuestra última esperanza, la que me parece mas acertada es, aguardar la coyuntura de una noche tenebrosa y lluviosa ó en que esté nevando, y que aventuremos la fuga por la parte en que menos postas y centinelas hubiere; porque es cosa cierta, y no admite duda, que nos tienen tomados todos los pasos; y así nuestra salvacion depende de hurtarles el nombre que aquella noche les diere su general á los cristianos, para poder matar á sus centinelas mediante este ardid cuando no estuviesen durmiendo, y si durmieren, pasar con el menor rumor que sea posible, para echar adelante las mujeres y muchachos, acompañados de solos doce ó catorce manebos moros que las encaminen, y salir luego el resto de la demás gente. Si acaso pasando ó quedando ya poco de pasado nuestro escuadron fuésemos sentidos, y los cristianos tocasen á arma en noche tan oscura y tenebrosa, no conociendo ellos la tierra, tampoco osarian desmandarse en nuestro seguimiento. Así se podria escapar por la sierra de Baccares, que casi tocamos con la mano, y es muy áspera, en donde llegaríamos haremos lo que mas nos conviniese. Tengo por mejor este acuerdo, que el de darnos á los cristianos, no sabiendo después de habernos entregado qué es lo que harán de nosotros, y especialmente de los turcos, á quienes no querrán dar pasaje para Africa. Este es mi parecer, y no se tome otro alguno, porque es el mas acertado.»

Oido este discurso, los capitanes turcos dijeron que el último medio propuesto, ó morir peleando, eran los únicos partidos que se podían tomar; y quedando todos conformes en este acuerdo, aguardaron la noche mas oscura y tenebrosa que el cielo les enviara para escaparse; y así movidos desta esperanza pasaron treinta ó mas dias de asedio, durante los cuales no dejó la artillería de hacer su obligación, aunque no pudo asaltarse el lugar, porque no

abrió bastante brecha por donde pudiera entrarse. Desde adentro tiraban los moros con escopetas, y no dejaban de hacer daño; pero al cabo deste tiempo quiso serles favorable la fortuna con lo que deseaban, siguiéndose un menguante de luna oscurísimo y lluvioso por las noches, en las cuales hicieron los moros un portillo, rompiendo la muralla por la parte que miraba á la sierra, con tanto secreto y disimulo que no fueron sentidos. Cuando le tuvieron abierto, á la hora en que los cristianos guardaban mas silencio, arrebujaados en sus mantas para sustraerse á la inclemencia del cielo, y no mirando á la obligación de la milicia, especialmente la gente bisoña, que no enseñada á semejantes trabajos se ocupaban mas en dormir que en velar, iban echando los moros por aquel portillo á sus mujeres y niños, y les hacían tomar la vuelta de la sierra. Desta suerte se desahogaron de casi toda su gente inútil, y cuando ya no quedaba mas que la apta para la guerra, les sobrevino una noche todavía mas cómoda que las otras por la espesa niebla en que se envolvió, y en que á veinte pasos no era posible que se divisaran los unos á los otros. Recelando ya el señor don Juan la fuga del enemigo con tales noches y tan cómodo tiempo, mandó entonces que las postas perdidas se pusiesen mas arrimadas al lugar, y con todo eso los moros se aprovecharon de la favorable coyuntura, por la ocasión que vamos ahora á referir.

Ya hemos dado noticia del moro Tuzani que salió de Purchena para saber la suerte de Galera, y si era muerta ó viva la hermana del Maleh; dijimos cómo entró allí, la halló, la enterró, y después, que en hábito de cristiano, confiado en que hablaba clara y cortesanamente el castellano, se alistó bajo las banderas del señor don Juan, y siguió su real como buen soldado. Este Tuzani pues, con otros tres soldados, fueron por su turno en aquella noche puestos de centinelas, no muy lejos de las murallas del lugar, llevando por nombre *Santa Maria*, que les dió su sarjento, como es costumbre en la guerra. Estando ya en su puesto los tres ó cuatro soldados que le ocupan, es costumbre también que se repartan el tiempo de la centinela, distribuyéndole en tres pedazos, estando aquel á quien toca el primero velar, poco apartado de los demás que duermen, hasta el tiempo en que debe ser relevado; cuando acaba el uno se levanta el otro, y luego el que se le sigue hasta que viene el dia. Estando pues estos soldados en el puesto que va dicho, tocó al Tuzani ser el primero á estar de centinela; y lleno de malicia, después de haber hablado algun rato con sus compañeros, como es costumbre en tales ocasiones, les dijo: «camaradas, duerman vuestras mercedes á su placer y sin sobresalto, mientras yo sigo la primera vigilia, que es la mas larga, pues por servirles me tomaré este trabajo, y también desempeñaré una parte de la siguiente, que llaman *de la modorra*, porque conozco estas tierras, y estoy enseñado á andar por ellas sufriendo el frio y la nieve, como natural de Guadix, y que he pasado mi niñez yendo detrás de los ganados. Yo tengo para esto mas resistencia que vuestras mercedes, que no están acostumbrados al clima, y pasarían mucho trabajo. Si me siento fatigado, llamaré, y el que me siga concluirá el resto del tercio que le toque. Deste modo pasaremos todos menos mal una noche tan penosa como esta, que yo les aseguro no están ahora los moros dispuestos para salir de su fuerte; antes bien se decia hoy en el campo, que mañana querían entregarse al señor don Juan, y esto es lo mas cierto. En cuanto á lo demás que toque al órden de la milicia, pueden vuestras mercedes estar descuidados, que yo haré el deber por todos, si acaso acierta á venir la ronda, para que nos hallemos prontos y apercebidos como es razon.»

Los camaradas del Tuzani se lo agradecieron, teniendo en mucho; y como eran bisoños é inadvertidos de la malicia que pudiera tener el consejo, se entregaron gustosamente al reposo, bien abrigados con sus ferruclios.